

Envío cómplice

AUNQUE LO HAGA DESDE MADRID, ESCRIBO DESDE OTRA Orilla insular, conocedor de cuánto significa esa latitud que compartimos, que no es geográfica y tan pocos entienden aquí. No quiero insistir, sin embargo, en nuestro complejo chico, por mucho que nos roa el alma y nos consume; hasta cuando creemos habernos zafado de él y estamos tan campantes, nos atenaza, nos deja sin fuerzas para reaccionar... Ya sabes. No voy a entrar —a estas alturas— en las coartadas de la complacencia en el lugar («si la isla persiste en su luz es únicamente en razón de la distancia (...) sobrevivimos todos imaginándola»), en aquello de la Revolución y qué, ni en el lamento —por justo y lógico que sea— de los por ella dañados, dentro y fuera. Desde allí escribo, Nivaria, pero con voluntad de ver otra cosa, la única verdadera: vértice o raíz de donde todo esto procede y hacia cuyo reducto apunta cualquier deriva que tomemos, mas no para regresar. Si así hacemos, ay, vuelve a oscurecerse la visión y acabamos perdidos. Mejor, perdemos el *oremus*, como dice el castizo, y cómo demostrar así lo que puede la Isla y su palabra que desborda orilla, mar, horizonte, que ese es su poder: no capitular nunca ante la lengua, sus límites, renunciadas y disciplina, dejarse llevar siempre por la viveza del habla, esa voluntariedad orgánica, respiración en diálogo que mueven ironía y humor, pero en su más serio sentido. Lo dijo Pessoa, que no era insular pero como si, empeñado —también él, lo mismo que nosotros tanto tiempo— en qué identidad la del aislamiento. Así, tú, Nivaria, desde la memoria *embarrancada* de aquí al «ciego deambular» de allá, en la condena «de tantos desconciertos» —como te oigo decir a Heberto, cuando nos dejó.

Una cuestión de lenguaje (¿qué otra cosa somos, después de todo?), como enseñaran Vallejo o Lezama. Aunque tú dices, también, que Rilke; insistes en Dostoievsky y Kafka (qué cosa más rara: «era la dispersión» para quienes ofrecían libertad), luego en Hölderlin o en «el pacífico Esenin, que adoraba el andar sin fin de la noche». El *nouveau roman* te aguardaba en París, y preguntaste con retintún, a quienes se ponían estupendos: «¿es *Rayuela* una novela?»

Jorge Rodríguez Padrón

¿Es *Ulises* una novela? ¿Lo es *Finnegan's Wake*?». Ahora pregunto yo, y no hay segundas: ¿no te parecen muy significativas dos cosas: una, que todo ello sea derramamiento y no apego a un seno materno, que sea diálogo por la perplejidad que desencadena, por su empeño reflexivo; otra, que sean escrituras ahora en entredicho: se las reverencia, sí, pero como clásicos que mejor en urnas y museos, o pasto para eruditos que los enajenan aun más? Oigo qué dices, y nombras luego a Macedonio, a Ramos Sucre, a Rulfo... ¿Quién se atreverá a negarlos? Sin embargo, márgenes y rareza el sitio que se les reserva. Porque se les teme, no me cabe ninguna duda. Jamás alzaron su voz (¿qué necesidad tenían?); a nadie soliviantaron con gritos ni destemplanza: destilaron siempre su palabra en libertad, resistente. Y era como si mascullaran lo que decían. Todo eso que el poder no soporta —como tampoco observa tranquilo a los primeros— en este comienzo de siglo, porque ya ha aprendido a poseer también el lenguaje, y a imponerlo haciéndonos creer tan sólo en la linealidad e inmediatez del discurso que apenas reproduce la realidad, discurso de la información que es *uniformación*, en donde la corrección política ha venido a reinstaurar la retórica literaria a la cual —y esto es lo sorprendente, y desolador— los escritores se someten con tanta complacencia como seguridad (¿desde cuándo es éste un oficio de seguridades?). Incluso quienes, décadas atrás —tú y yo lo vimos, y lo hemos dicho— pretendieron hacernos comulgar —y casi nos convencen— con la rueda de molino de su compromiso de «demolición de los componentes textuales (...) [de considerar] el relato en función de una mecánica de ruptura, en vez de focalizarlo sobre toda una nerviación expresa». Así refiere Miguel Herráez, que de Cortázar lo sabe todo, la apuesta de ese momento.

¿En qué ha quedado todo, Nivaria? Respondes: en el clan. Añado yo: ahí los tienes, cara al *boom* con la sonrisa nueva; eluden la soledad y el rigor insoportables de la creación, pues ya consideran en muy poco —dadas sus apetencias— tal despojamiento y desprendimiento. En lugar de una escritura de verdadera dimensión inaugural, la suya vuelve a ser máscara tras la que parapetarse para dar la cara sin riesgo; bien al contrario, de modo que sobre ellos se derramen todas las bendiciones; lo suyo, ya, esa rutina que —lo dijiste por el setentitanos— lleva «al paroxismo del agotamiento» y, al final, como no puede ser de otra forma «en los excesos, [aquella] libertad pretendida se ha vuelto castradora (...) [y] los genios del clan [pierden] genio y sustancia vital y perennidad». Cierto, se zafaron de la disciplina *revolucionaria*, nada dócil su lenguaje ante los preceptos que buscaban petrificarlo. ¿Han mostrado pareja responsabilidad, han corrido el mismo riesgo, cuando el poder, en vez de aquellas dictaduras de pamema y esperpento (tan convenientes ahora, parece), se ha hecho anónimo y global, se filtra, con aparente generosidad democrática, por todos los poros del cuerpo social, y —mucho más peligroso— por el tejido del único y último reducto de libertad: el lenguaje? Recordabas a Heberto, a vuestra Cuba de aquel principio de todo, y traías al cotejo la Viena de entreguerras, «donde las ideas se intercambiaban con euforia creativa, admiración, apelonadas y explosivas, expandiendo la perspectiva de una modernidad», precisamente para dejar en

evidencia aquel «subdesarrollo farandulero donde el monólogo ha sustituido, anestésico, el diálogo reflexivo, liberador».

No es ese el tuyo. Digo, tu monólogo. Tu mundo novelesco, un permanente vagabundeo de individuos resistentes en los márgenes, que hablan solos por una deriva de sentidos y ponen así en entredicho la certeza inmóvil del significado; construyen de ese modo su visión transfiguradora de la realidad inmutable («ese desastre», comentas entre paréntesis). Hablan y es un festín de palabras; gesticulan y la sintaxis es la semántica, sinuosa, sincopada, de ese discurso que dice sin decir, que amaga en su ambigüedad y hace saltar en pedazos los rigores de la gramática. Ahí, así, se manifiestan y se reconocen, en una inseguridad babélica, buscando apoyo y calor en la palabra respirada por los demás hasta completar un tejido plural y sugestivo de voces diversas y dispersas, en la angustia de no ser, esa impotencia. Sin embargo, desubicadas y subvertidas cualquier discurso dado, manipulado por intereses inconfesables, que no lleva sino al gregario decir general que la crítica denomina *tendencia*, porque así queda clasificado y a buen recaudo. Lo has declarado en más de una ocasión: tu tradición, solamente la propia del lenguaje; el empeño de tu palabra, alzarse ante la contundencia ensombrecedora de lo visible que ahoga y aniquila al individuo, que lo condena a esa colectividad uniformada (uso el término, con todos los hierros, no creas). Y por eso tú pones siempre a esa criatura en el brete de hacerse las preguntas eternas, en lugar de permanecer atado a la superficial y efímera actualidad —que así lo dijo Emir Kusturica, y sabe de la cosa un rato. Por eso también las sacas a la calle, a que deambulen en pos de su identidad más cierta, no aquella que se les adjudica y a la cual se les quiere confinar: sonámbulo, Sidelfiro; fugitivo en espiral, Tiresias Blecher (¿adivino, acaso, de la inminencia rara ante la que se había detenido el primero y no supo explicar?); a la espera también, Nivaria, de una noche para soñar ese mismo «algo extraordinario [que se prepara] afuera (...) algo determinante que habrá de concernirme», entre la inmóvil atmósfera y la invariable, espesa realidad. Y, entonces, lo explica.

Me he preguntado, no ahora que no tiene mérito, desde siempre: ¿qué vino a ser de la novela experimental del filo de los 70, a la que tantos fueron aunque sólo para agotar sus recursos, para usar de su más torpe instrumental? A fin de cuentas, para ellos, una moda y poco más. Luego, los expertos dijeron que bah. Lo importante es, sin embargo, a qué extremos nos llevó dicha escritura, y cómo la mayoría no supo o no quiso alcanzarlos. Estoy entendiéndolo ahora, Nivaria; porque pienso en tu fidelidad a ese discurso, cuando —de un lado y de otro— ya nadie desea nombrarlo siquiera. Por su *dificultad*, aseguran. Como si hablar fuera una rareza, como si la voz debiera ser amordazada por esa corrección de una escritura que dice nada. Como si andar por la calle, a la espera de «lo imprevisto [como] único acontecer (...) incoherente, escandaloso y frágil, perpetuamente ajeno a [las] más perentorias necesidades» (lo que hacen tus personajes), fuese cosa de retórica invención o de enrevesadas filosofías. Conocemos a los expertos que sentencian: poesía. Pero no pensando, como tú misma reconoces, en la energía primordial, orgánica,

del lenguaje: masticación y rumia de la palabra en un reducto de sinceridad. Ellos sancionan, con altivo desdén, la inferioridad (o la debilidad) que adjudican al *género*. Ellos también sentencian que la vida es lo que se ve por fuera, nunca el vértigo interrogativo que nos derrama dentro. O yo sé poco de todo esto, o qué otra cosa sino lo que tú haces es la manifestación de una peripecia existencial en plenitud, en su más genuina verdad; cómo afrontar de otro modo la razón de ser del individuo, si no es alongándose hasta la irrealidad o el sueño, esa visión transfigurada que agita el discurso del mundo y deja ver, por la grietas de dicho seísmo, qué viene después, qué nos aguarda de más, sea libertad o amenaza. De esa responsabilidad hacen dejación quienes, en cada momento, sólo fían en el discurso *correcto* y a él se someten para servirlo, y para servirse de sus bondades. En tu mundo novelesco predomina, sin embargo, esa vitalidad que, desde el interior de las criaturas que lo pueblan, salta al exterior y derrama sobre esa realidad que otros —quienes la manejan a su antojo— dicen incontestable, la oscura turbulencia, la confusión permanente que el individuo afronta si afronta su existencia como su realidad de verdad.

Pero, como dije al comienzo, yo no quisiera limitarme a nuestro complejo chico («peso de la ISLA [que] se concentra alrededor de ese centro de gravedad fija intrincada inmovilidad») de lo que somos o hemos sido o no hemos sabido ser: dependencia, remedo de tantos. Lo sé. Ya te digo que lo padezco. Puede que no detenernos en esto resulte políticamente *incorrecto*; pero qué se nos da ya a ti y a mí. Abro *Sonámbulo del sol* y leo: «aquí lo que tiene que venir es el comunismo» —«pero qué va chico si los americanos no saben nada de eso y son ellos los que dominan así que...» —«mira viejo no jodas nada de eso». Pero qué vi yo cuando vi La Habana, como quien dice, anteayer. ¿Sabré explicarlo? Podría decir —poniéndome solemne— que dolor estupefacto, pero era, en realidad, un dentro, detrás, debajo, en permanente disimulo. No te hablo de la oficialidad, ni de las alturas intelectuales que se esfuerzan en explicar. Estoy hablándote de la calle. ¿Qué hacemos con Cuba, mi hermana? ¿Dónde una memoria que pueda sanar tan gran herida? No creo (y sé bien poco) que debamos seguir el camino que nos indican; para mí, Nivaria, que tú, sin quererlo quizá, porque querías la escritura y perderte en la novela, acabaste por dar en el clavo. Convertiste esa letra en voz, en persona. Y la errancia de tus criaturas, por más Habana que viéramos, se daba en otro lugar, mayor por más profundo. Otra cosa; *la cosa* en sí, diría yo. Muchos acercan tu escritura a la sombra de Guillermo y sus *tigres* y su *infante difunto*. No me parece a mí que lo tuyo quede en la anécdota, en el virtuosísimo verbal desbordado de aquel. Sonámbulo o espiral o noche, siempre más, y más adentro, que todas aquellas ingeniosas y vigorosas estampas de nuestro recordado Cabrera...

Y me basta, para que se vea y para concluir, con acompañar a Sidelfiro hasta el Malecón y el mar, en su perplejidad que es huida no se sabe adónde, ni cómo reanudar la carrera; porque no hay otro camino más allá «sólo el mar, el último camino, no había más». El gesto nada tiene que ver con experimentos literarios; ni como lo dices tú, sin adornos ni requilorios: «volverá apasito apasito apasito por las callejas oscuras hasta el Malecón hasta el Malecón y una vez frente a él

orinará orinará siempre sobre el mismo muro 'a ver si se pudre con los días...». Que sí, que lo sé. Tanto tiempo expectante y absorto en mi orilla insular, en parte tuya también, de tu memoria de niña. ¿Ves cómo al final coincidimos? Aunque sigo convencido de que el verdadero asunto no es ese, sino el hecho de que el itinerario de Sidelfiro o de Tiresias o de Nivaria es el mismo discurrir de la escritura, esa tensa e intensa verticalidad de una voz. Poesía, claro. Mas no aquella de los expertos. Que hasta la poesía empieza ya a capitular ante los cantos de sirena que la conducen al embarrancadero. Y los presuntos poetas como si tal cosa. Cuando hablo de poesía, me refiero a la de verdad, esa a la cual nada aportan las leyes del género, esa por lo mismo tan compleja, tan compleja que entra en la verdad y en ella se manifiesta. Dejémonos de historias.



La caída de Ícaro.
 Instalación. Óleo sobre lienzo, madera, yeso y vidrio, dimensiones variables, 1984.
 Colección Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana, Cuba.